Globethics Repository



Crear lo que nunca han tenido [Create what never had]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	desconocido
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-09 06:39:41
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/221514

Nueva Sociedad Nro. 76 Marzo-Abril 1985, pp. 13-23

Crear lo que nunca han tenido. Diálogo con Leopoldo Zea sobre la juventud latinoamericana

El maestro mexicano Leopoldo Zea casi no requería presentación. Doctor en Filosofía, ex director de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), su obra y su actuación educativa y cultural han sobrepasado los marcos de su tierra natal, y son bastamente conocidos no sólo en Hispanoamérica sino en Estados Unidos, Europa occidental y desde fechas recientes en países socialistas, uno de los cuales, la Unión Soviética, le acordó en 1984 el título de Doctor Honoris Causa de la Universidad Lomonosov, de Moscú.

Don Leopoldo Zea es autor, entre otros libros publicados indistintamente en México, España y Argentina, de América como conciencia, América en la historia, Filosofía de la historia americana y Discurso desde la imaginación y la barbarie. El año pasado fue designado doctor Honoris Causa de la Universidad de París y galardonado con la condecoración "Andrés Bello" de Venezuela, y la de "Alfonso X El Sabio " en España.

La entrevista que sobre el tema de la juventud se reproduce a continuación la efectuó nuestro colaborador Gregorio Selser, profesor e investigador de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

¿Qué importancia tiene que se haya designado, para todo el mundo, este de 1985, "Año de la Juventud?

Entiendo que este año de 1985 ha sido designado así por cumplirse cuarenta años del término del más grande sacrificio a que se haya metido antes a juventud alguna. En 1945 se produjo el fin de la Segunda Guerra Mundial y también cesó la aniquilación a que se sometió a toda una generación de jóvenes a lo largo de la tierra. Toda una generación fue sacrificada en aras de principios que, por desgracia, no han sido aún precisados. Este año de 1985 puede ser, por ello, el año

de una gran reflexión que explique y dé sentido al sacrificio de millones de jóvenes. Pero que se pregunte, también, si ese sacrificio está a la altura de lo alcanzado cuarenta años después.

¿Cuáles son los problemas más acuciantes para los jóvenes de hoy, en relación con los de - por ejemplo - aquéllos que prevalecían al término de la Segunda Guerra Mundial?

Son los problemas que se plantean los jóvenes cuarenta años después. Aquéllos a los que no han dado respuesta los beneficiarios de ese sacrificio. A quienes murieron y a quienes sobrevivieron a la matanza se les dijo que habían sufrido así para posibilitar un mundo mejor, más justo, distinto. Se les dijo que sus dolores tendrían compensación en el mundo que después de la sangrienta experiencia se habría convertido en posibilidad. El totalitarismo en sus más brutales expresiones había sido derrotado. Con él se ponía fin a la injusticia hecha a hombres y pueblos. Sin embargo, aún no terminaban los ecos de la brutal matanza cuando ya se volvían a plantear problemas de predominio, de hegemonía, tanto de clases como de pueblos y de potencias. Caliente aún la sangre de los jóvenes sacrificados, se establecían cerradas disyuntivas entre los ideales por los cuales habían muerto tantos. Los que murieron y los que sobrevivieron pensaron que habían luchado por la libertad y la justicia del mundo y resultaba que la libertad y la justicia eran incompatibles. Que para ser libre habría que renunciar a la libertad. Así, en nombre de principios que ahora resultaban incompatibles, se inició una nueva y sorda guerra, la llamada Guerra Fría, que se prolonga hasta nuestros días.

¿Podría hablarse de esperanzas e ideales frustrados?

Fue a partir de esta nueva guerra, que devino tan sangrienta como las dos guerras calientes que la precedieron, que se exigió a los jóvenes nuevos sacrificios. Deberían ahora morir por la libertad, llevando la injusticia al mundo, o morir por la justicia, anulando toda forma de libertad, víctimas de instrumentos de represión, que nada tienen que envidiar a los del totalitarismo vencido. Para supuestamente defender la libertad, la potencia que enarbola este principio lleva la guerra represiva a los más lejanos rincones de la tierra, guerra que anulará precisamente toda expresión de libertad que no fuese la propia de su abanderado. En nombre de la justicia, la otra potencia impuso formas totalitarias para supuestamente garantizarla. Enfrentados los portaestandartes de la libertad y la justicia parecen haberse puesto de acuerdo para poner fin a toda forma concreta, auténtica de libertad y justicia. Lo importante no serán ya las metas, sino el instrumento que quizás las pueda hacer posibles. Un instrumento represivo que mejora la maquinaria misma del totalitarismo presuntamente vencido. En supuesta defensa

de la libertad y la justicia, se negará a los hombres y pueblos que habían luchado por ellas, el legítimo uso de las mismas.

¿Aprecia usted que hay diferencias sustanciales en sus vivencias, esperanzas, actitudes vitales de entonces a las que prevalecen hoy? ¿Podría explicar las analogías y las diferencias?

La actual juventud es la que debió recoger los frutos por la cual había sido sacrificada la generación que le antecedió. Esta juventud se encontró con que el mundo que aparentemente había sido aniquilado con la victoria de la democracia, seguía vivo, terriblemente vivo. Los sobrevivientes encontraron que sus sacrificios , lejos de hacer posible la libertad y la justicia en el mundo, sólo estaban haciendo posible la formación de las potencias más grandes que conoce la historia, enfrentadas entre sí y dispuestas a aniquilarse para hacer prevalecer sus principios. Pensábamos - expresaba un combatiente soviético - que estábamos luchando y habíamos detenido las hordas fascistas en Moscú, Leningrado y Stalingrado para hacer posible la justicia y la libertad en el mundo, pero en realidad lo que hemos creado es una gran potencia. Lo mismo dirían a su vez, en Europa, los jóvenes que habían luchado contra el fascismo. Crearon también una gran potencia. Una gran y amenazadora potencia, que dice estar vigilando para que la libertad del mundo no sea lesionada. Grandes potencias levantadas sobre las esperanzas y sangre de millones de jóvenes.

¿Era evitable esa polarización? ¿Por qué el nuevo choque?

La Guerra Fría que se desató en nombre de la afirmación del mundo justo y libre por el cual había sido sacrificada toda una generación, dividió el mundo: capitalismo frente a comunismo, el capitalismo y sus intereses como única y posible expresión de libertad y el comunismo en su expresión totalitaria como única posibilidad de justicia. Surgieron así dos Alemanias, dos Coreas, dos Chinas, dos Vietnam, dos mundos opuestos: Este-Oeste. Y la obligada opción impuso una nueva generación de jóvenes que tendrían que matarse entre sí. Dos mundos, al parecer, incompatibles y dispuestos a destrozarse el uno al otro, alertas a cualquier signo de falla de su defensa. Dos mundos a la defensiva y por estar reprimiendo toda expresión de libertad y justicia que supuestamente lesione la obligada fortaleza.

Pienso en el libro, famoso entonces, de Wendell Wilkie , Un Mundo...

Quienes murieron o sobrevivieron, sabían, o al menos creían estar luchando por un

mundo único, un mundo mejor. Los que ahora tienen que combatir lejos de sus fronteras, lo hacen para hacer prevalecer el aparato que supuestamente hará posible ese mundo. Aparato represor, defensivo, y como instrumento una generación de jóvenes obligados a imponer el orden para la libertad o para la justicia. Pero no la libertad y la justicia reales, sino como simple abstracción y, como tal, contraria a toda expresión concreta de las mismas; su concreción pondría en jaque la abstracción. En nombre de la libertad y la justicia, formas de represión que se van semejando, cada vez más, a las que hicieron posible el fascismo en el mundo. De allí las dudas, los problemas de juventudes como las obligadas a luchar en Vietnam y otros lugares de la tierra, y que masacran pueblos inermes porque éstos reclaman para sí aquello por lo que habían luchado y habían sido sacrificados sus padres en tierras extrañas.
¿Qué tiene que ver esta guerra sucia en Corea, en Vietnam, en Medio Oriente, Centroamérica y Sudamérica, con las de mis padres en Europa, Asia y Africa en la Primera y Segunda Guerra?, se preguntan ahora los jóvenes. ¿Por qué tenemos que aniquilar gente que está luchando por lo que nosotros decíamos luchar? ¿Por qué tenemos que imponer nuestro predominio a pueblos a los que ofreciamos libertad y justicia si luchaban a nuestro lado contra quienes les negaban esa posibilidad? Dos formas de morir, la de la generación de la Segunda Guerra y la generación que siguió a ésta. Con honor o deshonor, así lo ha visto la juventud involucrada en la Guerra Fría en la que se la ha obligado a participar.

A principios de la década de 1910, durante su visita a la Argentina, el líder socialista francés Jean Jaurès finalizó uno de sus discursos públicos a los jóvenes universitarios con esta exclamación, varias veces recordada por el maestro Alfredo L. Palacios " ¡Jóvenes, yo os envidio, tenéis un mundo por construir!". Jaurès fue asesinado meses después por un fanático, en vísperas de la Primera Guerra Mundial. ¿Qué reflexiones le sugiere esta expectativa de principios de siglo con todo lo que ha ocurrido hasta entonces en relación con las juventudes de Hispanoamérica?

En la década de 1910, las juventudes en América Latina estaban animadas por las prédicas de Rodó y Martí, que hacían suyas revalorando a Bolívar. Animadas por el afán de hacer posible una América integrada en la libertad, el mundo soñado por Bolívar y sus pares. La América, "nuestra América" de Martí. La América Latina de Ariel frente a la de Calibán. El mundo soñado que ya debía ser construido. A este mundo se refería Jaurés al hablar a los jóvenes. El mundo a construir por la juventud latinoamericana que firmó, propagó e hizo suyo el Manifiesto de Córdoba. La América a la que se sumaron otros maestros como Palacios, Vasconcelos, Ingenieros y Ugarte. El mundo nuevo en América como

esperanza para el mundo viejo.

Una vez más presentada América como el futuro de Europa. Promesa desde el día de su descubrimiento. Jaurés asesinado en vísperas de la Primera Guerra Mundial, mientras en América sus jóvenes volvían a sentirse, una vez más, como el futuro del mundo que así de esta forma se destruía. Años después, en 1968, un líder de la Revolución Estudiantil de Mayo en Francia, Daniel Cohn-Bendit, volvía a reflexionar en una forma semejante. La desencantada juventud europea, desencantada por los crímenes en que esta juventud estaba siendo involucrada después de la guerra, se empeñaba en destruir el mundo que así los había traicionado. La juventud en América, la latinoamericana, tenía por el contrario que construir un mundo, el mismo mundo soñado por el viejo mundo. Nosotros en Europa - decía Cohn-Bendit - tenemos que destruir lo hecho; los latinoamericanos tienen que construir. Unos destruir lo que tienen, otros crear lo que no tienen. Unos luchando por crear nuevas estructuras, otros lo que nunca han tenido.

Por ello, los enfoques revolucionarios en el Viejo Mundo y en el Nuevo son distintos. En el viejo, la juventud se ha empeñado en destruir lo que ha heredado, en América por crear lo que nunca han tenido. Guerras revolucionarias, desestabilizadoras, de subversión para destruir. En América guerras de liberación para destruir los que ha sido impuesto, lo ajeno, aquello de lo que hay que liberarse. Autodestrucción y destrucción. La América como mundo virgen, lleno de posibilidades, y Europa, el mundo occidental, como impedimento. Impedimento para la recreación y para la creación. En un caso renegar la herencia recibida, en otro buscando el propio caudal.

En relación con los ideales y actitudes de la juventud - o las juventudes - de México y de Hispanoamérica, ¿cuáles serían los aspectos más relevantes o dignos de ser mencionados?

Lo más relevante de la juventud mexicana y latinoamericana en general, lo es la toma de conciencia de su relación de dependencia con el mundo que se ha negado a reconocer a los hombres de esta región, como sus semejantes. Sabe que puede llegar a ser, pero no a partir de lo que es, sino a partir de la conciencia de la relación de dependencia que les ha sido impuesta. La juventud del mundo occidental, decíamos, está harta, esa es la palabra, harta. Harta como los pueblos a los que pertenece.. Una hartura que puede provocar náuseas hasta vomitar. La juventud de nuestra América está, por el contrario, hambrienta; hambrienta como los pueblos a los que pertenece. Hambrienta y por ello llena de esperanzas, pero no las esperanzas de los hartos, sino las propias y concretas esperanzas originadas por la insuficiencia. La hartura ha llevado al mundo occidental a la represión e imposición de tiranías que garanticen la hartura, al servicio de la hartura, aunque

la hartura acabe provocando vómitos.

En nuestra América no es así. Nuestro jóvenes no tienen nada que vomitar; por el contrario, tienen que buscar satisfacer hambrunas de pan y espíritu. Las tiranías a las que tienen que enfrentarse, no son tiranías empeñadas en satisfacer propias harturas, sino al servicio de la hartura de otros hombres y pueblos. Simón Bolívar ya lo decía, nosotros en América no tenemos ni siquiera el derecho a la propia tiranía. Los Hitler y los Mussolini impusieron tiranías para garantizar e impedir que la posibilidad de la hartura fuese afectada. En nuestra América, esto lo saben nuestros jóvenes, las tiranías están al servicio de los intereses y la hartura de los centros de poder imperial, están encargadas de anular todo reclamo que detenga los suministros que permiten satisfacer la nunca satisfecha hartura de esas potencias. Los jóvenes en el mundo occidental han luchado para impedir el envenenamiento a que conduce la hartura, para no ahogarse en la abundancia. En nuestra América, los jóvenes tienen que luchar para satisfacer las hambres de sus pueblos; hambres reales, de pueblos a quienes se niega todo acceso económico y cultural que, en alguna forma, pueda perturbar la hartura imperial.

Las formaciones de jóvenes en la actualidad o para el futuro, en los campos de las ciencias, la cultura, la educación, el trabajo, en los ámbitos urbano y rural, y en función de su adscripción a un hemisferio englobado como de pertenencia al Tercer Mundo, ¿qué es lo que más caracteriza sus imposibilidades, frustraciones y carencias?

No sólo en la actualidad sino a través de la historia, la América Latina ha tenido como preocupación central en el campo educativo, el rebasar el subdesarrollo material, que tiene su raíz en la relación de dependencia en que esta región ha entrado en la historia. Rebasar quiere decir emparejarse, alcanzar el mismo desarrollo de los pueblos que forman el centro de poder. De allí la preocupación por formar gente semejante a la que ha hecho posible los pueblos desarrollados, el centro de poder de nuestro tiempo. Ser como los Estados Unidos, como Europa o como cualquier nación que implique el rebasar la relación de dependencia. Tal fue la preocupación central en el siglo XIX con la adopción de positivismo. El querer hacer de los latinoamericanos los "yankies del sur", como dirían Juan Bautista Alberdi en la Argentina y Justo Sierra en México. La nordomanía criticada por José Enrique Rodó, esto es, ser como los Estados Unidos, como Inglaterra o Francia. Proyecto que, como mostraría el mismo Rodó, subordina a nuestros pueblos a los creadores del modelo. Un proyecto que, a su vez, dependerá para su realización de los creadores del mismo. Una posibilidad que limitaría la estabilidad y beneficios de los dueños del sistema imitado. Los Estados Unidos no podrán permitir que existan otros Estados Unidos que les disputen el poder, que limiten su hartura.

En el marco de las múltiples formas de alienación inducida...

Preocupación que sigue planteándose en nuestro días, en nuestros pueblos, en cuanto se sigue poniendo el acento en la educación en el campo tecnológico. Formar los técnicos que supuestamente posibiliten nuestro desarrollo. Desarrollo del que sigue siendo modelo el sistema que nuestros pueblos están condenados a servir. Se trata, simplemente, de formar mejores servidores al sistema del que somos dependencia, ajeno al beneficio de nuestro propio y auténtico desarrollo.
Las humanidades hoy, como ayer, son vistas con desconfianza. Y es que las humanidades no forman técnicos, profesionistas, sino se preguntan sobre las razones de tal formación. ¿Para qué los técnicos? ¿Para qué la ciencia? ¿A qué han de servir la una y la otra?
En la preocupación central por la enseñanza técnica y científica para supuestamente rebasar el subdesarrollo, coinciden nuestros gobiernos en Hispanoamérica y los centros de poder; como coinciden, también, el considerar las humanidades como algo relativamente neutro, inútil o más grave aún, como foco de subversión. Claro es que se tiene razón, porque cuando se cuestiona un determinado quehacer, cuando se pregunta sobre el por qué del mismo, el descontento y, con ello, la subversión surge cuando las respuestas a ese porqué muestran que no beneficia tanto a nuestros pueblos. Y en este sentido habrá que preguntarse sobre el alcance de éste o de cualquier otro proyecto educativo. No se trata tanto de hacer de nuestros pueblos otro Estados Unidos, hacer para sí lo que los Estados Unidos han hecho para ellos. Como no se trata tampoco de plantearse la alternativa de ser como la URSS, China o Cuba o cualquier otra nación socialista, sino de hacer por nuestros pueblos lo que ellos hacen en beneficio de los propios. No se trata de imitar, que toda imitación implica dependencia.

Autonomía para la creatividad y para la decisión. ¿Son posibles?

Por cierto, habrá que tener la conciencia de que se es parte de un conjunto de pueblos sometidos, a lo largo de la historia, a una dependencia siempre extraña. Dependencia que habrá que rebasar, pero partiendo de la toma de conciencia de esa dependencia. Y a partir de ella , buscar los instrumentos que permitan superarla pero sin subordinarse a los creadores de tales instrumentos. En este sentido inventar, crear lo que sea necesario para rebasar la situación de la que se tiene conciencia. Este fue, precisamente, el mensaje de nuestros pensadores a principios del siglo XX, el mensaje que la juventud de Córdoba recogió en el Manifiesto de 1918. Habrá que partir de la propia realidad, asimilar lo externo pero en función con esa realidad y en beneficio de la misma. Fue este el mensaje de

Bolívar, Martí, Rodó, Vasconcelos y muchos otros. No imitar, sino recrear, con misión y visión propios, el presente y el futuro de nuestros pueblos. Nada más y nada menos.

¿Considera usted que estaría renaciendo una disyuntiva semejante a la que se planteaba a los jóvenes latinoamericanos en el pasado siglo, expuesta por Sarmiento?

En efecto, hace un par de años varios brasileños, entre ellos el sociólogo Darcy Ribeiro, recordando a Sarmiento, decían que la opción actual era socialismo o barbarie. Ahora se trata de hacer de toda la América Latina un conjunto de Cubas; otra URSS u otra China. Antes la disyuntiva era rebasar lo propio haciéndose liberal, semejarse al modelo que mejor lo expresaba, los Estados Unidos. Hacer de esta América otro Estados Unidos, de cada uno de sus países una nación como la del Norte. Ahora se trata de realizar el socialismo a la manera de modelos tales como el soviético, chino o cubano. No se trata de imitar, de repetir los frutos del proyecto liberal, de ser liberales como los Estados Unidos, que encontraron en su propia realidad y experiencia los elementos para hacer su propio liberalismo, no se trata de imitar los frutos de una experiencia que no es la propia. En el dilema ¿civilización o barbarie?, la civilización y el socialismo aparecen como lo extraño a lo propio; lo propio visto como barbarie, la barbarie como el propio y peculiar balbucear de nuestros pueblos.
Los pueblos que hicieron posible el liberalismo, como los que están haciendo posible el socialismo, no lo han hecho a partir de modelos extraños, en todo caso han creado sus propios modelos. Partiendo de las propias y peculiares experiencias, han hecho posible el liberalismo ayer, y el socialismo hoy. Si hay algo que imitar de esos pueblos, será esa su capacidad para buscar y encontrar en sí mismos, dentro de sí mismos, la solución de sus problemas, a partir de los cuales, dieron origen a extraordinarios y viables modelos de convivencia.

El efecto-demostración de la funcionalidad no siempre sería válido.

Es que no se trata de una transcripción fiel del modelo, como lo pretendieron nuestros positivistas y liberales de ayer, sino de gestar o generar uno propio, como Estados Unidos lo hizo - y continúa haciéndolo - para sí mismo. Tampoco se trata, ahora, de ser socialista a la manera soviética, china o cubana, sino de ser socialistas como esos pueblos han llegado a serlo, con lo propio de cada quien o asimilando y adaptando aquello que resulte posible y evitando aplicaciones serviles, o la copia al calco de modelos que la historia y la geografía tornan irrepetibles. Haciendo de la experiencia el centro de la acción que ha de beneficiarlo. No se trata de pasar de

una dependencia a otra, dependencias de un centro de poder a otro centro de poder. Por ello es importante que el socialismo que se va perfilando en nuestra América tenga como raíces en Cuba a José Martí, en Nicaragua a Augusto C. Sandino, en El Salvador a Farabundo Martí.

¿Es irreversible el malestar que se hace sentir en la juventud en el mundo desarrollado y en el mundo en subdesarrollo, en Europa y los Estados Unidos, en la América Latina y el Tercer Mundo?

Los jóvenes en el mundo que llamamos occidental, decíamos, están hartos de un sistema que los enajena para satisfacer la insaciable hartura de bienes materiales que parece caracterizar a este mundo. Hartos de un sistema que limita sus propias expresiones. Hartura de lo que brotó, la violencia de 1968 en Francia, Alemania, Italia y otros lugares de Europa. Como brotó en los Estados Unidos.

Se habló entonces y así lo expresó el presidente Richard Nixon, de "latinoamericanización" de las universidades estadounidenses; como se habló también así de la rebelión juvenil en Europa, lo cual quiere decir que la juventud en América Latina se ha caracterizado por su permanente actitud contestataria. Expresión de esta actitud fue el Manifiesto de Córdoba en 1918. Como vuelta a las raíces, el antimperialismo fue la propuesta central de esa juventud. La juventud del mundo occidental, la estadounidense y europea se rebeló también contra el mismo sistema imperial que enfrentaba a los latinoamericanos pero por otros motivos. Se rebeló, entre otras cosas; contra el hecho de saberse instrumento de explotación que enfrentaban los latinoamericanos, instrumento de represión del sistema del que también eran beneficiarios. Se rebeló contra la explotación imperial en el Tercer Mundo, expresada en la brutalidad de la guerra en Vietnam. En Europa y Estados Unidos la imagen de un Che Guevara parecía impulsar la rebeldía juvenil. La rebeldía juvenil en América Latina tiene su origen en la vieja rebeldía antimperialista, fue una respuesta al imperialismo abiertamente expreso a partir de la guerra hispanoamericana de 1898. Rebeldía que es eco de los llamados de Martí y Rodó, maestros que alentaron a la juventud frente a la nueva expresión del dominio imperial, dispuesto a ocupar el "vacio de poder" dejado por el imperialismo ibérico en América. La juventud occidental, la europea y estadounidense, al término de la Segunda Guerra Mundial tomó a su vez conciencia del papel de represor que le asignaba el sistema, para mantener el mundo heredado de sus padres. Vio cómo se enarbolaban las banderas libertarias para en su nombre anular toda expresión de libertad que afectase esa herencia. Unos y otros, latinoamericanos y occidentales, se empeñaron en destruir un sistema que, de diversas formas, reprimía a la sociedad para mantener incólume sus logros.

¿Es correcto hablar de hermandad de juventudes, aunque sean extrañas?

En unos y otros lugares las juventudes conscientes del sistema represor idearon formas de respuesta subversiva encaminadas a poner fin al mismo, a destruirlo. ¿Que si hay hermandad? La violencia en una y otra juventud se presentó como proyecto central. Los jóvenes en Estados Unidos y Europa negándose a ser instrumento de represión de un sistema al que pertenecían y usufructuaban, pero que ya no les satisfacía. Los jóvenes en la América Latina y el Tercer Mundo manteniendo el viejo proyecto libertario, para poner fin a un sistema que les imponía sus intereses. Para enfrentar el sistema en una y en otra región, se utilizó la violencia subversiva. El sistema fue enfrentado desde dentro y desde fuera. Dentro de sus propias entrañas y fuera de ellas. La hermandad, la fraternidad de la rebeldía contestataria, en oposición a la colusión de los beneficiarios y sostenedores de un sistema impugnado por la orfandad de sus valores morales.

La apelación a formas de violencia armada, que sobre todo captó las voluntades jóvenes a partir de los años 50, ¿habrá sido una expresión de la frustración o el resentimiento de esas capas, o emergió de la convicción, razonada e idealista, de que podría ser el único recurso de cambio posible?

El terrorismo, supuestamente desestabilizador del sistema, utilizado en una y en otra juventud para destruir un modelo que ya no satisfacía o para crear un mundo que parece mantenerse en la simple utopía, se volvió contra quienes lo utilizaron para justificar la dureza interna y externa del sistema: la violencia represiva que en la América Latina ha destruido, matando, aprisionando o desterrando a la mayor parte de una generación juvenil latinoamericana. Los que no fueron enterrados o encerrados, han sido, simplemente, desterrados o aterrados. En Europa y Estados Unidos, la violencia subversiva sólo ha afianzado al sistema. Como afianzó al gobierno de Charles de Gaulle la revolución de mayo de 1968. En América Latina ha quedado claro que no es por la vía del terror, de la subversión terrorista, que el sistema imperial puede ser cambiado. La violencia en uno y otro lado, sólo ha afianzado al sistema represor.

En Estados Unidos la juventud que no quería seguir siendo instrumento de represión como lo fue en Vietnam, ha acabado por dar su voto a Ronald Reagan, que propone nuevas formas represivas, internas y externas. El temor a nueva guerra y a formas de subversión que pueden provocarla, ha acabado por dar el triunfo a uno de los hombres más conservadores y reaccionarios de esa potencia. En nombre de la paz el sistema se arma hasta los dientes y en nombre de la libertad los hombres son sometidos a nuevas y violentas represiones. Se ahorra la sangre de

los jóvenes estadounidenses, como se economiza el dinero del pueblo de Estados Unidos. En la guerra sucia son los mismos latinoamericanos los que pagan con su sangre y su trabajo los costos de la nueva estabilidad del sistema. Por ello la reelección del presidente Ronald Reagan encontró en la juventud, ayer contestataria, uno de sus más fuertes apoyos. "Un buen padre que sólo es duro contra los que impiden la estabilidad del pueblo que le ha dado su confianza". Por esa estabilidad no tienen ya que pagar con su sangre, como en Vietnam, los jóvenes estadounidenses, como tampoco por los gastos que implique el arsenal disuasivo que se ha construido. Por este costo pagarán los pueblos bajo su dependencia económica y financiera. Por este material bélico pagarán pueblos amigos como los europeos o los pueblos del Tercer Mundo bajo dependencia. Un colosal armamentismo a costa de una mayor pobreza y miseria de naciones y pueblos colonizados.

¿Cuál es el actual dilema para la América y el mundo en totalidad?

El dilema para la América Latina sigue siendo el viejo dilema sarmentiano, civilización o barbarie. Pero ahora visto en otro contexto. La civilización ya como la libre y voluntaria aceptación del sistema imperial que ha originado esa civilización; o la barbarie como expresión de la realidad de esta América que se niega a ser sometida a una realidad que no es la propia.

He mencionado antes un nuevo dilema, el de socialismo o barbarie. Pero dilema que sólo hace el juego y justifica al sistema que pretende cambiar. El de la pugna ideológica Este-Oeste, socialismo versus capitalismo. Pugna en nombre de la cual el sistema represivo del mundo occidental impide toda expresión que sea contraria a sus intereses. La civilización como expresión del mundo occidental al que debe someterse toda expresión de supuesta barbarie. Rebasar la barbarie implicaría, de acuerdo con esta interpretación, hacer de los hombres y pueblos supuestamente bárbaros, instrumentos más eficaces, trabajadores más aptos, para el desarrollo e intereses de los centros de poder. También eficaces defensores de esos mismos intereses y por ello eficaces represores de sí mismos. No hay que plantear, entonces, tal opción. La opción vertical no está en la relación ideológica Este-Oeste, sino en la vieja relación de dependencia Norte- Sur, que de be ser cambiada por una relación horizontal de solidaridad de pueblos que se han de considerar como iguales entre sí.

¿Qué papel deberían jugar la juventud del mundo desarrollado y la de la América Latina en el futuro de la humanidad?

La juventud en el mundo entero debe tomar conciencia de sus últimas

experiencias, las experiencias de la posguerra que empezaron como una gran esperanza que la realidad ha anulado. Empezó con la posibilidad de un mundo mejor en el que el dolor sufrido encontrase compensación. Un mundo justo y libre y al alcance de todos los hombres y pueblos. El mundo por el que supuestamente fue sacrificada toda una generación. La juventud del mundo occidental esperaba anular las fuerzas que la habían llevado a la gigantesca matanza; la juventud del Tercer Mundo que había dado sangre y bienes al lado de sus mismos opresores , esperando que al término del combate fuesen reconocidos como pueblos iguales en un mundo nuevo, fruto de la sangre y sudor de tantos jóvenes.

La juventud actual del mundo occidental debe cancelar ambiciones que han acabado por enajenar a sus mismos poseedores. La juventud de la América Latina y del Tercer Mundo debe cancelar el coloniaje, la dominación impuesta. Y juntos, unos y otros, los jóvenes de lo que es al final de cuentas un solo mundo. Juntos para hacer posibles los ideales por los que se regó y se ha seguido regando tanta sangre. Tendrán que romper con alternativas que sólo dividen al hombre y lo enfrentan entre sí. En nombre de la justicia no se puede seguir cancelando la libertad, ni en nombre de la libertad se ha de cancelar la justicia. Por el contrario, habrá que mostrar que la justicia es imposible sin libertad; y la libertad imposible sin la justicia. Luchar así por poner fin a las alternativas con que el mundo que dice preservar la libertad anula la real libertad de hombres y pueblos.

La juventud en uno y otro mundo, decepcionada por el fracaso de sus ideales, ha buscado el camino de la violencia, la violencia supuestamente desestabilizadora de un sistema que ha mostrado su incapacidad e inviabilidad, violencia que sólo ha servido para reafirmar el régimen que se ha pretendido desestabilizar. La violencia subversiva ha caído en la trampa de la violencia represiva. De la eficacia de esta última son testigos los jóvenes, víctimas de la represión. Los miles de desaparecidos, los miles de torturados, los miles de asesinados, los miles de desterrados y los millones de jóvenes que parecen haber quedado sin brújula en un mundo en el que el conservadurismo va tomando extraordinaria vigencia. Mediante esa trama se ha estabilizado el régimen que promete a sus seguidores, no ya un mundo de libertad y justicia, sino un mundo en el que los más aptos, los más fuertes, los nunca hartos sean los beneficiarios exclusivos.

En este año de la juventud, ésta debe hacer un balance de sus propias experiencias y las de quienes le antecedieron para luchar por vías que no justifiquen la violencia, la realización de un mundo justo y libre que no puede y que no debe ser imposible.